

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso del Asesinato de Benson



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2016

Edita: Reino de Cordelia  
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.  
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid

© Traducción de María Robledano, 2016

© Prólogo de Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2016

Ilustración de sobrecubierta: Cartel original de la Paramount  
para *The Benson Murder Case* (1930)

IBIC: FFC

ISBN: 978-84-15973-83-6

Depósito legal: M-34917-2016

*Diseño y maquetación:* Jesús Egado

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso del Asesinato de Benson

S. S. Van Vine

Traducción de María Robledano

*Prólogo de Luis Alberto de Cuenca*



# Índice



*Van Dine y Philo Vance*, por  
Luis Alberto de Cuenca 9



**EL CASO DE ASESINATO DE BENSON** 17

Personajes 19

Introducción 23

1.- Philo Vance en su casa 25

2.- En el escenario del crimen 39

3.- Un bolso de mujer 55

4.- El relato del ama de llaves 69

5.- El estado de la investigación 83

6.- Vance opina 95

7.- Informes e interrogatorio 107

8.- Vance acepta el reto 123

9.- La estatura del asesino 135

10.- Un sospechoso menos 147

11.- Un móvil y una amenaza 159

12.- El dueño de una Colt 45 173

13.- El Cadillac gris	183
14.- Los eslabones de la cadena	193
15.- «Pfyfe-privado»	203
16.- Secretos y revelaciones	217
17.- El cheque falsificado	231
18.- Una confesión	243
19.- Vance interroga	255
20.- Una mujer explica	269
21.- Revelaciones íntimas	281
22.- Vance esboza una hipótesis	295
23.- Comprobación de una coartada	313
24.- La detención	329
25.- Vance explica su método	345

# Van Dine y Philo Vance

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo  
(CCHS, CSIC)

NO SABEN USTEDES la satisfacción que supone para mí presentar este libro. Pocas novelas me han procurado como lector el mismo grado de placer que las escritas por S. S. Van Dine con Philo Vance como protagonista. Hoy, por desgracia, nadie sabe en España quién es Van Dine, a excepción de diez o doce nostálgicos. Sin embargo, hubo un tiempo en que este novelista y ensayista estadounidense, nacido en Charlottesville (Virginia) el 15 de octubre de 1888 y fallecido en Nueva York el 11 de abril de 1939, vendía millones de ejemplares de sus novelas policíacas en todo el mundo, incluido nuestro país. En el catálogo de la inolvidable y mitológica Biblioteca Oro de Editorial Molino\* —la estoy viendo, felizmente alineada, en mi



\* Véase Fernando Eguidazu Palacios y Antonio González Lejárraga, *Biblioteca Oro. Editorial Molino y la literatura popular (1933-1956)*, Sevilla, Ediciones Ulises y Editorial CSIC, 2015 (con prólogo de Andrés Amorós).

biblioteca—figuran hasta diez de las doce novelas detectivescas —once publicadas en vida— que escribiera S. S. Van Dine, que en realidad no se llamaba así, sino Willard Huntington Wright. La editorial Aguilar le dedicó dos volúmenes de su colección «El Lince Astuto» que vieron la luz en 1958, publicándose en el segundo de ellos *The Benson Murder Case*, la novela inicial de la serie protagonizada por Philo Vance, que ya constaba en el catálogo de otra serie de Aguilar, la popular colección «Crisol», desde 1950.

Wright procedía de una acaudalada familia virginiana que brindó a su retoño una educación esmeradísima en las universidades de Harvard, París y Múnich. Sus aficiones personales condujeron a Willard al cultivo de la crítica artística, literaria y musical, adquiriendo un enorme relieve en ese campo durante la segunda década del siglo XX. Se estrenó como narrador, bajo la benéfica influencia de maestros como Oscar Wilde y Ambrose Bierce, con la novela *The Man of Promise* (1916), adscrita a la corriente naturalista, lo mismo que los relatos que publicó entre 1912 y 1914 en la revista *The Smart Set*, dirigida por él, donde vieron la luz cuentos de Gabriele D'Annunzio, Ford Madox Ford y D. H. Lawrence (entre otros), una pieza teatral de Joseph Conrad y poemas de Ezra Pound y William Butler Yeats. Por entonces ya se había casado y divorciado de Katharine Belle Boynton, de Seattle (Washington). Volvería a contraer matrimonio, en octubre de 1930, con Eleanor Rulapaugh, destacada pintora de retratos que firmaba como Claire De Lisle.

A partir de marzo de 1923, pasó dos largos años en completo reposo, para curarse de su adicción a la cocaína (y no de una afección tuberculosa: véase la excelente y desmitificadora biografía de W. H. W. escrita por John Loughery, *Alias S. S. Van*



**Willard Huntington Wright.**

*Dine. The Man Who Created Philo Vance*, Nueva York, Scribner, 1992). Durante ese tiempo devoró en su retiro doméstico infinidad de novelas policíacas, lo que lo incitó a probar suerte en el



género, publicando en 1926 su primer relato detectivesco, titulado *The Benson Murder Case*, que es el que tienes en las manos, lector, y que muy pronto fue llevado a la radio, con serial propio, y al cine. Estoy seguro de que va a fascinarte.

El protagonista de la novela es Philo Vance, un trasunto de Wright que habría nacido en 1886 en el seno de una rica y añeja familia neoyorquina y que, después de intervenir en plan *sportsman* en la Gran Guerra, volvió a su ciudad natal instalándose en los dos últimos pisos de una hermosa mansión con terraza y jardín del West Side. El apócrifo Van Dine —doctor Watson de la saga— trabaja con Vance como gestor de su fortuna, que se ha visto acrecentada por la herencia reciente de una tía riquísima, y como asesor de sus continuas compras en el mercado del arte, pues su jefe y amigo es un impenitente coleccionista. A los treinta y tantos años, con su monóculo de *dandy* y una bien ganada reputación de cínico, Philo es uno de esos tipos que, como el wildeano Dorian Grey, solo experimenta emociones intelectuales y lleva una vida de perfecto *dilettante*: se levanta tarde, frecuenta las galerías de arte, va al teatro y a la ópera, viaja mucho, esquía en Suiza en invierno y navega por el Mediterráneo en verano.

En un momento privilegiado de esa aburrida existencia que transcurre entre conversaciones eruditas, jarrones chinos de época Ming y guiños a la pintura de vanguardia, le surge a Vance la posibilidad de ejercitar a fondo sus innatas aptitudes psicológicas e intelectuales, aplicándose a resolver crímenes aparentemente irresolubles, tarea en que lo implica su íntimo amigo John F. X. Markham, fiscal del distrito de Nueva York. El primero de los casos en que se ve envuelto es, precisamente, el que nos cuenta la presente novela, en la que un tal Alvin

Benson, agente de Wall Street y hombre de la misma esfera social que Vance y Markham, es asesinado de forma misteriosa en su lujoso domicilio de la calle 48 de la Gran Manzana.

A partir de *The Benson Murder Case* y de su fabuloso éxito de ventas, Van Dine fue escribiendo novelas policíacas —a un ritmo de una por año y siempre con Philo Vance como protagonista— que le reportaron un gran éxito popular. Hay que citar, asimismo, su larga y ambiciosa introducción a la antología *The World's Great Detective Stories* (1928) y, sobre todo, sus archiconocidas *Twenty Rules for Writing Detective Stories*, que hemos vuelto a traducir al castellano para la ocasión.

En el cine, en la radio y en la televisión la figura de Philo Vance ha brillado con luz propia, sobre todo en el celuloide de la década de los 30 del siglo pasado. Directores como Frank Tuttle, Michael Curtiz, Edwin L. Marin, William Beaudine y otros han llevado a la gran pantalla los casos criminales de Vance, destacándose entre todos los actores que encarnaron al detective el portador de uno de los bigotes más famosos del cine en blanco y negro, ni más ni menos que William Powell. También dieron vida a la genial criatura de Van Dine intérpretes como el holmesiano Basil Rathbone, Warren William, Paul Lukas, Edmund Lowe, Grant Richards, James Stephenson, Alan Curtis y William Wright en el ámbito norteamericano, mientras que Wilfrid Hyde-White encarnó a Vance en una producción



Fotograma de la película  
*El caso Benson.*



Foto de estudio de William Powell para el lanzamiento de las películas del detective Philo Vance.

británica de 1936 (*The Scarab Murder Case*), Giorgio Albertazzi en una serie italiana de seis episodios que produjo la RAI en 1974, y Jiří Dvořák en una película checa de 2002.

Créanme, no exagero un ápice: si quieren saber lo que significa disfrutar de verdad con una novela policíaca, cuyo argumento y cuya galería de personajes frisan en la perfección literaria más deliciosamente sofisticada, lean ustedes esta primera novela de la serie consagrada por W. H. Wright a las hazañas de su cultísimo y educadísimo detective aficionado. Yo lo hice hace más de cincuenta años en la compilación de Aguilar citada *supra*, y aún recuerdo las oleadas de placer que me produjo su lectura. Hay once novelas más del ciclo de Philo Vance que aguardan la oportunidad de ser traducidas (en traducciones nuevas e impecables, como esta de María Robledano) y editadas con la pulcritud acostumbrada por Reino de Cordelia. Ha llegado la hora de que S. S. Van Dine vuelva a deleitar con sus brillantes ficciones detectivescas a los lectores españoles e hispanoamericanos.

Madrid, 9 de septiembre de 2016

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso del Asesinato de Benson



# Personajes

- \* PHILO VANCE
- \* JOHN F. X. MARKHAM, fiscal del distrito de Nueva York.
- \* ALVIN H. BENSON, conocido agente de Wall Street y hombre de mundo, asesinado de modo misterioso en su domicilio.
- \* COMANDANTE ANTHONY BENSON, hermano del asesinado.
- \* ANNA PLATZ, ama de llaves de Alvin Benson.
- \* MURIEL SAINT-CLAIR, joven cantante.
- \* CAPITÁN PHILIP LEACOCK, novio de Muriel Saint-Clair.
- \* LEANDER PFYFE, amigo íntimo de Alvin Benson.
- \* PAULA BANNING, amiga de Leander Pfyfe.
- \* ELSIE HOFFMAN, secretaria de la agencia Benson y Benson.
- \* CORONEL BIGSBY OSTRANDER, oficial retirado del Ejército.
- \* WILLIAM H. MORIARTY, concejal del distrito del Bronx.
- \* JACK PRISCO, ascensorista de Chatham Arms.
- \* GEORGE G. STITT, censor jurado de cuentas de Stitt y McCoy.
- \* MAURICE DINWIDDIE, ayudante del fiscal del distrito.
- \* INSPECTOR JEFE O'BRIEN, del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York.
- \* WILLIAM M. MORAN, oficial al mando de la Oficina de Detectives.
- \* ERNEST HEATH, sargento del Departamento de Homicidios.

- \* **BURKE**, detective del Departamento de Homicidios.
- \* **SNITKIN**, detective del Departamento de Homicidios.
- \* **EMERY**, detective del Departamento de Homicidios.
- \* **BEN HANLON**, jefe de detectives designados a la Oficina del Fiscal del Distrito.
- \* **PHELPS**, detective designado a la Oficina del Fiscal del Distrito.
- \* **TRACY**, detective designado a la Oficina del Fiscal del Distrito.
- \* **SPRINGER**, detective designado a la Oficina del Fiscal del Distrito.
- \* **HIGGINBOTHAM**, detective designado a la Oficina del Fiscal del Distrito.
- \* **CAPITÁN CARL HAGEDORN**, especialista en armas de fuego.
- \* **DOREMUS**, médico forense.
- \* **FRANCIS SWACKER**, secretario del fiscal del distrito.
- \* **CURRIE**, mayordomo de Philo Vance.

Mason, me gustaría darle las gracias, porque le debo la vida.

—Señor —dijo Mason—, yo no tenía ningún interés en su vida. Lo único que me interesaba era encauzar su problema.

RANDOLPH MASON,  
*El encauzador del destino*



# Introducción

SI CONSULTAN las estadísticas municipales de la ciudad de Nueva York, advertirán que el número de crímenes graves sin resolver durante los cuatro años en que John F. X. Markham era el fiscal del distrito, fue muy inferior al de cualquiera de sus predecesores. Markham amplió las investigaciones de la Oficina de la Fiscalía a toda clase de crímenes y, gracias a ello, se esclarecieron muchos casos complicados que la Policía había dejado irremediamente abandonados, sin esperanzas de resolverlos.

Pero la verdad es que, aunque a él personalmente se le atribuye la responsabilidad de las acusaciones más importantes y sus consiguientes condenas, Markham solo fue un instrumento en muchos de sus famosos casos. El hombre que en realidad los resolvió y proporcionó las pruebas para procesar a los culpables no tenía nada que ver con la Administración de la ciudad, y nunca se dejó ver a los ojos del público.

Por aquel entonces yo era asesor legal y amigo personal de ese hombre, y por eso pude conocer los extraordinarios y asombrosos hechos. Sin embargo, hasta hace muy poco tiempo no he tenido la libertad de hacerlos públicos. Incluso ahora no tengo el permiso para divulgar el verdadero nombre de esta persona. Por esa razón, y de modo arbitrario, he escogido el nombre de Philo Vance para referirme a él a lo largo de estas crónicas *ex officio*.

Desde luego es posible que, a través de mis revelaciones, algunos de sus amigos adivinen su identidad. Si eso ocurriera, les ruego que se guarden el dato para ellos, porque, aunque en la actualidad Vance se haya ido a Italia a vivir y me haya dado permiso para narrar las hazañas de las que fue personaje central, también me ha exigido de una manera terminante que resguarde su anonimato. Y me desagradaría que por una falta de discreción o de delicadeza fuese yo la causa de que se convirtiese en un secreto a voces.

La historia que a continuación se narra trata de cómo Vance resolvió el conocido asesinato de Benson. Debido a lo sorprendente del crimen, a la posición privilegiada de las personas envueltas en el mismo y al asombro que produjeron las pruebas presentadas, el caso se vio rodeado de un interés pocas veces superado en los anales de la historia del crimen de Nueva York.

Este caso tan sensacional fue el primero de una larga serie en la que Vance actuó como una especie de *amicus curiae* —como un amigo del tribunal— en las investigaciones de Markham.

S. S. VAN DINE  
Nueva York

# I

## Philo Vance en su casa

(Viernes, 14 de junio, 8:30 de la mañana)

AQUEL CÉLEBRE 14 de junio que se descubrió el asesinato de Alvin H. Benson, crimen que causó tal sensación que todavía hoy no se ha olvidado del todo, yo estaba desayunando en casa de Philo Vance. No era inusual compartir comidas y cenas con Vance, pero si desayunabas con él era por un motivo concreto. Vance se levantaba tarde, y tenía por costumbre no recibir a nadie hasta la comida del mediodía.

La razón de que esa mañana se levantase tan temprano se debía a negocios o, mejor dicho, obedecía a razones estéticas. La tarde anterior Vance asistió en las Galerías Kessler a la inauguración de la exposición de las acuarelas de Cézanne de la colección Vollard y, tras haberse fijado en varios cuadros en particular, me invitó a un desayuno temprano para darme instrucciones para su compra.

Para explicar mi papel de narrador en este relato he de aclarar, en primer lugar, cuál era mi relación con Vance. Desde hace mucho tiempo el Derecho ha sido tradición en mi familia; y como

no podía ser de otra manera, al acabar mis estudios colegiales me marché a estudiar Derecho en Harvard. Allí conocí a Vance, un estudiante reservado, irónico y cáustico, azote de sus profesores y terror de sus compañeros. El porqué de escogerme a mí como amigo de entre tantos estudiantes de la universidad nunca lo llegué a comprender del todo. Mi simpatía por Vance se explica fácilmente: me fascinaba y me interesaba, y además me proporcionaba una distracción espiritual que desconocía. Yo, en cambio, no tenía esos atractivos. Era —y soy— un tipo corriente, de mentalidad conservadora y bastante convencional. En cualquier caso, mi actitud no es rígida y la gravedad del mundo de las leyes apenas me ha influido; seguramente por eso mostré tan poca inclinación por esta profesión heredada. Quizás esas características atrajeron inconscientemente a Vance. También pudiera ser —por cierto, esta es la explicación menos halagadora— que yo atrajera a Vance como una especie de poste o de ancla en los que agarrarse, porque sintiera que soy la antítesis complementaria de su personalidad. El caso es que por unas razones o por otras nos veíamos mucho y, con el paso del tiempo, ese trato se convirtió en una estrecha amistad.

Una vez que me gradué en Derecho, entré en el despacho de mi padre, Van Dine y Davis, y, tras cinco años de aburrido aprendizaje, pasé a ser socio *junior*. Ahora soy el segundo Van Dine de Van Dine, Davis y Van Dine, cuyas oficinas están en el 120 de Broadway. Cuando mi nombre empezó a figurar en el membrete de los papeles del despacho, Vance regresó de Europa, donde había estado viviendo durante mi aprendizaje. Fue entonces cuando me llamó para que me encargara de todo lo relativo a las propiedades que había heredado de una de sus tías, que al morir le hizo su principal beneficiario.

Este trabajo fue el principio de una relación nueva e inusual entre nosotros. Como Vance detestaba todo cuanto se refería a este tipo de negocios, empecé encargándome de sus intereses financieros y, poco a poco, me fui convirtiendo en su agente. Estos asuntos eran más que suficientes para absorberme todo el tiempo que debía dedicar al Derecho, y como, por otra parte, Vance podía permitirse el lujo de tener un, por así decirlo, factótum personal y legal dejé mi despacho en el bufete para ocuparme exclusivamente de sus necesidades y caprichos.

Hasta el día en que Vance me llamó para tratar la compra de los Cézannes, yo tenía una secreta o reprimida mala conciencia por haber privado a la casa Van Dine, Davis y Van Dine de mis modestos conocimientos jurídicos; pero esta se disipó para siempre aquella mañana llena de incidentes, porque a partir del célebre caso Benson, y durante casi cuatro años, tuve la suerte de presenciar la más asombrosa serie de casos criminales que jamás desfiló ante los ojos de ningún abogado joven. Los terribles sucesos de que fui testigo durante aquel período constituyen uno de los más sorprendentes documentos secretos de la historia de la Policía de este país.

Vance fue el personaje principal de aquellos dramas. Mediante un método de análisis y deducción que, hasta donde yo sé, nadie había empleado en las investigaciones criminales, él consiguió resolver muchos de los crímenes más importantes en los que tanto la Policía como la Oficina del Fiscal del Distrito habían fracasado totalmente.

Gracias a mi relación con Vance, no solo participé en todos esos casos, sino que asistí a muchas de las discusiones informales que mantuvieron él y el fiscal del distrito. Y como tengo un carácter metódico, tomé notas bastante completas. Además,

apunté —tan fielmente como lo permitía mi memoria— los exclusivos métodos psicológicos que empleaba para determinar la culpabilidad, tal y como él los explicaba de vez en cuando. Aquella recopilación desinteresada de notas y transcripciones me permite, ahora que es posible hacer públicos estos casos, presentarlos con todo tipo de detalles, anécdotas y con cada uno de los pasos que se dieron; labor que hubiera sido imposible sin mis numerosos apuntes y *adversaria*.

También fue una suerte que el primer caso del que se ocupó Vance fuera el del asesinato de Alvin Benson, puesto que no solo resolvió una de las más famosas *causes célèbres* de Nueva York, sino que también resultó una oportunidad excelente para que Vance desplegara su excepcional talento deductivo y para que, debido a su naturaleza e importancia, suscitara su interés hacia una materia que hasta ese momento no formaba parte de sus inclinaciones y sus gustos.

El caso irrumpió de un modo súbito e inesperado en la vida de Vance, aunque hay que decir que fue el mismo Vance quien un mes antes, por una petición del fiscal del distrito, provocó involuntariamente que su rutina se desbaratara. De hecho, el asunto nos cayó encima aquella mañana de mediados de junio como una bomba, sin que hubiéramos terminado de desayunar y poniendo fin por el momento a todas las gestiones relacionadas con la compra de los cuadros de Cézanne. Cuando más tarde visité las Galerías Kessler, ya habían vendido dos de las acuarelas que Vance deseaba especialmente. Y estoy seguro de que, si bien Vance consiguió resolver el misterio del asesinato de Benson e impidió que se encaralara a un inocente, a día de hoy no se considera del todo compensado por la pérdida de los dos pequeños bocetos en los que depositó su corazón.

Esa mañana, cuando entré al salón acompañado por Currie, el viejo y singular criado inglés de Vance que trabajaba como mayordomo, ayuda de cámara y, en ocasiones, como cocinero refinado, encontré a Vance con una bata de seda y zapatillas de gamuza gris, sentado en un gran sillón y con el catálogo de Vollard sobre sus rodillas, abierto por los Cézanne.

—Perdona que no me levante, Van —dijo despreocupadamente—, pero es que tengo sobre mis rodillas todo el peso de la evolución moderna del arte. Además, me fatiga esa ordinaria costumbre de levantarse tan pronto.

Hojeaba las páginas del volumen, deteniéndose aquí y allá en alguna ilustración.

—Este tipo, Vollard —dijo al fin—, se ha mostrado bastante generoso con nuestro país, tan reacio al arte. Nos ha traído una colección verdaderamente buena de sus obras de Cézanne. Ayer estuve viéndolas con el respeto debido, y debo añadir que sin darles importancia porque Kessler no me perdía de vista. He marcado las que deseo que adquieras en cuanto abra la galería por la mañana —dijo pasándome un catálogo pequeño, del que se había servido como marcador—. Ya sé que es una tarea desagradable la que te encargo —añadió con una sonrisa indolente—. Estas delicadas manchas de pintura sobre el blanco del papel probablemente no tengan sentido para un hombre de leyes como tú. ¡Se parecen tan poco a un alegato tan cuidadosamente escrito a máquina! Seguro que algunos cuadros te darán la impresión de que están colgados al revés. La verdad es que uno de ellos lo está, pero ni el mismo Kessler lo ha advertido. Pero no te preocupes, Van, viejo amigo. Son unas verdaderas joyitas, llenas de belleza y de valor, y bastante baratas si consideramos el precio que alcanzarán en pocos años.

Realmente, una excelente inversión para algunas almas amantes del dinero; infinitamente mejor, no te quepa duda, que aquellas acciones de Lawyer's Equity Stock que con tanta elocuencia elogiaste cuando falleció mi tía Agatha<sup>1</sup>.

La única pasión de Vance (si es que a un entusiasmo puramente intelectual se le puede llamar pasión) era el arte, pero no el arte en su sentido limitado y personal, sino en su significado más amplio e universal. El arte no era simplemente la mayor de sus aficiones, sino que constituía su principal distracción. Vance era algo así como una autoridad en grabados japoneses y chinos; entendía de tapices y cerámica; y, en cierta ocasión, le oí dar a un pequeño grupo de invitados una charla improvisada sobre las estatuillas de Tanagra que, si alguien la hubiese puesto por escrito, sería una deliciosa e instructiva monografía.

Vance disponía de suficientes medios para satisfacer su instinto de coleccionista, y poseía una magnífica colección de cuadros y objetos de arte. A primera vista, su colección era heterogénea; sin embargo, cada una de las piezas encarnaba algún principio de forma o línea que las relacionaba a unas con otras. Un entendido en arte podía percibir la unidad y la consistencia de todas las obras de las que Vance se rodeaba, por muy alejadas que estuviesen entre sí por pertenecer a épocas, materias o estilos distintos. Yo he tenido siempre la convicción de que Vance era uno de esos hombres privilegiados que coleccionan con un criterio filosófico bien definido.

Su vivienda de la calle 38 Oeste —los dos últimos pisos de una antigua casona, bellamente reformada y en parte reconstruida para dar amplitud a las habitaciones y altura a los

---

<sup>1</sup> La realidad es que las acuarelas por las que Vance pagó entre 250 y 300 dólares se vendieron cuatro años más tarde a tres veces ese precio. (Nota de S. S. Van Dine).



techos— estaba llena, pero no atiborrada, de ejemplares raros de arte oriental y occidental, antiguos y modernos. Sus cuadros abarcaban desde los primitivos italianos hasta Cézanne y Matisse; y en su colección de dibujos originales había obras tan dispares entre sí como las de Miguel Ángel y Picasso. Los grabados chinos de Vance constituían una de las más refinadas colecciones particulares de nuestro país, que incluía magníficas muestras del trabajo de Ririomin, Rianchu, Jinkomin, Kakei y Bokkei.

En cierta ocasión me dijo Vance:

—Los chinos son los auténticos grandes artistas de Oriente. Son los que supieron expresar con mayor intensidad un amplio espíritu filosófico. En contraste con ellos, los japoneses resultan superficiales. Hay una gran distancia entre la poco más que inquietud decorativa de un Hokusai y la reflexiva y deliberada profundidad artística de un Ririomin. Incluso cuando el arte chino degeneró bajo los manchúes encontramos una profunda filosofía, una *sensibilité* espiritualista, por así decirlo. Y hasta en este moderno copiar de copias, llamado arte bunjinga, nos encontramos con cuadros de un profundo sentido.

En materia de arte, la universalidad de los gustos de Vance era extraordinaria. Su colección tenía tanta variedad como un museo. Comprendía un ánfora de figuras negras de Amasis, un jarrón protocorintio de arte egeo, platos de Kubatcha y de Rodas, cerámica ateniense, una pila de agua bendita en cristal de roca italiana del siglo XVI, una vajilla de peltre del período de los Tudor (varias piezas con el sello de la doble rosa), una placa de bronce obra de Cellini, un tríptico en esmalte de Limoges, un retablo de altar español de Vallfogona, varios bronzes etruscos, un Buda indostánico griego, una estatuilla de la diosa Kuan Yin

de la dinastía Ming, varias tallas en madera del Renacimiento y varios ejemplares de esculturas de marfil tallado de estilos bizantino, carolingio y francés primitivo.

Sus tesoros egipcios incluían una jarra de oro, de Zakazik, una estatuilla de Lady Nai (tan encantadora como la que existe en el Louvre), dos estelas magníficamente talladas de la primera edad de Tebas, varias esculturas pequeñas con representaciones poco comunes de Hapi y de Amset, así como varios cuencos arrentinos con relieves de bailarines kalathiskos. En lo alto de una de las estanterías de estilo jacobino de su biblioteca, habitación en la que colgaban muchas de sus pinturas modernas y dibujos, tenía un grupo de esculturas africanas verdaderamente fascinante: máscaras de ceremonia y estatuillas fetiche de la Guinea francesa, Sudán, Nigeria, Costa de Marfil y del Congo.

El propósito concreto que me ha animado a relatar con tanto detalle los gustos artísticos de Vance tiene como fin entender de manera plena los hechos melodramáticos que ocurrieron aquella mañana de junio, y para ello hay que tener una idea clara de las aficiones e inclinaciones de mi amigo. Su pasión por el arte era un factor importante —podría decirse que decisivo— de su personalidad. Nunca he conocido a un hombre como él tan diferente en apariencia y, en el fondo, tan fiel a sí mismo.

Vance era lo que muchos llamarían un *dilettante*, pero sería una injusticia aplicarle tal calificativo. Era un hombre de una cultura y una brillantez extraordinarias. Aristócrata por nacimiento y por instinto, se mantenía apartado a mucha distancia del común de los mortales. En sus maneras había un desdén indefinible por cualquier clase de inferioridad. La gran mayoría de las personas que tenían ocasión de tratar con él le

miraban como a un snob. Sin embargo, en su condescendencia y desdén no había nada de fingimiento. Su snobismo era tanto intelectual como social. Detestaba la estupidez, creo que aún más que la vulgaridad y el mal gusto. En varias ocasiones le oí citar la famosa frase de Fouché: «*C'est plus qu'un crime; c'est une faute*». Y lo decía en su sentido literal.

Vance era claramente irónico, pero rara vez llegaba al sarcasmo; era frívolo, de un cinismo juvenaliano. Quizá la mejor manera de describirlo es como un espectador de la vida aburrido y altanero, pero sumamente consciente y perspicaz. Se interesaba vivamente por todas las reacciones humanas, pero su interés era el del hombre de ciencia y no el del humanista. A pesar de todo era una persona de extraordinario encanto personal. Incluso aquellos a quienes les resultaba difícil sentir admiración por él tenían la misma dificultad en que no les gustara. Sus algo quijotescas maneras y su acento e inflexión de voz ligeramente británico —herencia de los días de posgraduado en Oxford— impresionaban por su afectación a aquellos que no le conocían bien. Pero la verdad es que Vance tenía muy poco de engreído.

Era extraordinariamente bien parecido, aunque su boca parecía severa y cruel, como la boca de algunos retratos de los Medici<sup>2</sup>. Por otra parte, el arco de sus cejas le procuraba una ligera altivez burlona. A pesar de la austeridad aguileña de sus facciones, su rostro era muy delicado. La frente amplia e inclinada, era una frente de artista más que de investigador. Sus fríos ojos grises estaban muy separados uno del otro; su nariz era rec-

---

<sup>2</sup> Pienso en concreto en los retratos de Pietro y de Cosimo de Medici, de la National Gallery, y en el medallón de Vasari del retrato de Lorenzo de Medici del Palazzo Vecchio, en Florencia. (Nota de S.S.V.D.).

ta y fina, y la barbilla, estrecha y prominente, con un marcado hoyuelo. No hace mucho vi a John Barrymore en *Hamlet* y me recordó en cierto modo a Vance, y esa misma impresión la tuve con anterioridad con Forbes-Robertson en una escena de *César y Cleopatra*<sup>3</sup>.

Vance medía un poco menos de un metro ochenta y cinco; de porte elegante, daba la impresión de ser fuerte y resistente. Era un tirador experto y fue capitán del equipo universitario de esgrima. Moderadamente aficionado a los deportes al aire libre, tenía la habilidad de hacer bien las cosas sin necesidad de practicarlas mucho. Su hándicap de golf era nada menos que tres; y durante una temporada jugó en nuestro equipo de polo en el campeonato contra Inglaterra. Sin embargo, le resultaba antipático caminar, y prefería no andar ni cien metros si podía hacerlo por otro medio.

Vestía siempre a la moda, escrupulosamente correcto hasta en los mínimos detalles, aunque discreto. Pasaba bastante tiempo en los clubes. Su favorito era el Stuyvesant, porque, según me explicó, sus socios procedían principalmente de la política y del comercio, y nadie le llevaba a entablar discusiones que exigieran un esfuerzo mental. De vez en cuando acudía a las óperas más modernas, y era asiduo espectador de los conciertos sinfónicos y de los recitales de música de cámara. Y por cierto, era uno de los jugadores de póquer más infalibles que he conocido. Lo menciono no por lo que tiene de extraordinario y significativo que un

---

<sup>3</sup> En cierta ocasión que Vance sufría de sinusitis, le hicieron una radiografía de la cabeza. El informe le describía como «notoriamente dolicocefalo» y «nórdico inarmónico». Contení, además, los siguientes datos: índice cefálico, 75; nariz leptorrina, con un índice de 48; ángulo facial, 85 grados; índice vertical, 72; índice facial superior, 54; anchura interpupilar, 67; barbilla mesognata, con un índice de 103; silla turca, anormalmente grande. (Nota de S.S.V.D.).

hombre de la clase de Vance prefiriese este juego popular al bridge, por ejemplo, o al ajedrez, sino porque los conocimientos de la ciencia de la psicología humana que exige el póquer tienen una relación íntima con las crónicas que voy a escribir.

Los conocimientos de Vance sobre psicología eran verdaderamente asombrosos. Estaba dotado de un instinto certero para juzgar a las personas, y gracias al estudio y a las lecturas había coordinado y racionalizado esta facultad hasta extremos asombrosos. Dominaba los principios teóricos de la psicología, y todos los cursos que había seguido en la Universidad se centraban en este tema o estaban subordinados a él. Mientras yo limitaba mis actividades al área de los agravios y de los contratos, a las leyes constitucionales y al derecho consuetudinario, a la equidad, las pruebas y la defensa ante los tribunales, Vance exploraba el campo completo de las actividades culturales. Se inscribió en cursos de historia de las religiones, Grecia clásica, biología, civilizaciones y economía política, filosofía, antropología, literatura, psicología teórica y experimental y lenguas antiguas y modernas<sup>4</sup>. Pero creo que los cursos que más despertaron su interés fueron los impartidos por Münsterberg y por William James<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> «La cultura —me dijo Vance al poco de conocernos— es políglota, y conocer muchos idiomas es esencial para comprender los progresos intelectuales y estéticos del mundo. El griego y el latín son los idiomas a los que más daño se hace cuando se traducen». Cito estas palabras porque sus omnívoras lecturas de otras lenguas que no fueran el inglés, unidas a su asombrosa retentiva, se dejaban sentir en su manera de hablar. Y aunque a algunos puede parecerle que a veces era pedante, yo he procurado citar sus frases literales con la esperanza de presentarlos tal cual era. (Nota de S.S.V.D.).

<sup>5</sup> Hugo Münsterberg hizo aportaciones en el campo de la psicología jurídica en relación a la fiabilidad de los testimonios. Y el profesor de psicología en Harvard William James inauguró la psicología fundacional. (Todas las notas que no especifiquen otra autoría son de la traductora).

La inteligencia de Vance era fundamentalmente filosófica, es decir, filosófica en su sentido más general. Libre de sentimentalismos convencionales y de supersticiones corrientes, era capaz de mirar por debajo de la superficie de los actos humanos, descubriendo los impulsos y los motivos. Por otra parte, actuaba con resolución tanto al evitar cualquier actitud que rezumara incredulidad como al atenerse a la fría y lógica precisión de sus procesos mentales.

—Mientras no abordemos todos los problemas humanos —me comentó en cierta ocasión— con una actitud distante y con el desdén cínico con que el médico estudia a un conejillo de Indias sujeto por correas a un tablero, pocas probabilidades tendremos de llegar a la verdad.

Vance llevaba una vida social activa —que no significaba animada—, debido a diferentes obligaciones familiares. Pero él no era un animal social. La verdad es que no recuerdo haber conocido jamás a un hombre que tuviese menos desarrollado ese instinto. Cuando participaba de la vida social, lo hacía, por lo general, obligado. De hecho, la noche anterior a nuestro memorable desayuno, Vance estaba ocupado cumpliendo una de esas *obligaciones*. De no haber sido por eso, habríamos tratado el asunto de los cuadros de Cézanne, y de ahí que por eso Vance refunfuñase bastante mientras Currie nos servía fresas y huevos Benedict.

Tiempo después tuve que dar gracias infinitas al Dios de la Coincidencia de que los dados cayeran de esa manera, porque de otro modo Vance estaría tranquilamente durmiendo a las nueve de la mañana, momento en que el fiscal del distrito llamó; y yo me habría perdido cuatro de los años más interesantes y emocionantes de mi vida, y muchos de los más astu-

tos y terribles criminales de Nueva York estarían todavía en libertad.

Vance y yo acabábamos de arrellanarnos en el sillón para tomar una segunda taza de café y fumar un cigarrillo cuando Currie, después de responder a un imperioso timbrazo, hizo entrar al fiscal del distrito al salón.

—¡Por lo más sagrado! —exclamó, levantando las manos en señal de un asombro fingido—. ¡El más grande de los *flâneurs* y de los conocedores de arte de Nueva York ya está levantado!

—Y me ruborizo de vergüenza por ello —replicó Vance.

De todas maneras, era evidente que el fiscal del distrito no estaba de buen humor. De repente, su rostro se volvió sombrío.

—Vance, me ha traído aquí una cuestión seria. Tengo mucha prisa y simplemente he venido a cumplir mi promesa... ¡El asunto es que Alvin Benson ha sido asesinado!

Vance arqueó lánguidamente las cejas.

—¿De verdad, ahora? —dijo arrastrando las palabras—. ¡Qué desastre! Pero no cabe duda de que se lo merecía. No, no hay ninguna razón para lamentarlo. Siéntate y toma una taza de este incomparable café, obra de Currie.

Y antes de que pudiera rehusarlo, Vance se levantó y llamó al timbre.

Markham vaciló un par de segundos.

—Está bien, unos minutos no tienen importancia. Pero solo un sorbo.

Y se dejó caer en un sillón frente a nosotros.

## 2

# En el escenario del crimen

(Viernes, 14 de junio, 9:00 de la mañana)

JOHN F. X. MARKHAM, como recordarán, fue elegido fiscal de distrito de la ciudad de Nueva York, en la candidatura de los Reformistas Independientes, en una de las periódicas reacciones contra el Tammany Hall<sup>6</sup>. Ocupó el cargo durante cuatro años, y es probable que hubiese sido reelegido por otros cuatro si la lista no se hubiese dividido de forma irremediable por los manejos políticos de sus adversarios. Markham era un trabajador infatigable y abrió la Oficina del Fiscal del Distrito a toda clase de investigaciones criminales y civiles. Como era del todo incorruptible, no solo despertó la admiración fervorosa de sus electores, sino que aportó una sensación de seguridad sin precedentes entre quienes se opusieron a él.

Llevaba solo unos meses en la Oficina cuando uno de los periódicos se refirió a él como el Perro Vigía, y ese sobrenom-

---

<sup>6</sup> Aparato del Partido Demócrata de los Estados Unidos, que jugó un importante papel en el control de la política de la ciudad de Nueva York.



bre le acompañó hasta el final de sus días en el cargo. Su labor de abogado de la acusación a lo largo de los cuatro años fue tan notable que todavía hoy es frecuente que se le nombre en los debates políticos.

Markham era un hombre alto y fuerte, de unos cuarenta y cinco años, con rostro afeitado y juvenil que disimulaba su pelo canoso. No era lo que entendemos por un hombre guapo, pero tenía un aire inequívoco de distinción y poseía una vasta cultura social que rara vez se encuentra en los funcionarios de hoy en día. Su temperamento era áspero y vengativo, pero su brusquedad solo era una costra en una sólida base de buena educación, y no, como es lo más corriente, una aspereza que sale a relucir a través de una capa de elegancia ficticia e impropia.

Cuando se despojaba de la tensión a que se veía sometido por el cumplimiento y cuidado del deber, era el hombre más amable. Pero, al poco tiempo de conocerle, tuve la ocasión de presenciar cómo su cordialidad dejaba paso bruscamente a una actitud malhumorada. Era como si en un instante hubiese brotado del cuerpo de Markham una nueva personalidad, dura, indomable, que simbolizaba la justicia eterna. Fui testigo de esa transformación en muchas ocasiones antes de que terminasen nuestras relaciones. De hecho, esa misma mañana que estaba sentado frente a mí en el salón de Vance, la expresión severa de su rostro era algo más que una pista, y me dio a entender que el asesinato de Alvin Benson le había turbado de un modo profundo.

Vance se bebió de prisa su café, dejó la taza sobre la mesa y, observando a Markham con asombro burlón, le preguntó:

—¿A qué viene esa triste preocupación por lo que le ha pasado a Benson? ¿No serás por casualidad el asesino?

Markham ignoró su frivolidad.

—Voy a casa de Benson, ¿quieres venir conmigo? Como querías conocer de primera mano este tipo de asuntos, quiero cumplir la promesa que te hice.

Entonces recordé que, varias semanas antes, en el club Stuyvesant, mientras charlábamos sobre crímenes famosos de Nueva York, Vance expresó su deseo de acompañar al fiscal del distrito en sus investigaciones, y Markham le prometió llevarlo cuando ocurriera el primer caso importante. Tal deseo de Vance provenía de su interés por la psicología del comportamiento humano; y como conocía a Markham desde hacía mucho tiempo, se permitió pedirlo.

—Ya veo que te acuerdas de todo —dijo Vance cansinamente—. Tienes un don admirable, aunque a veces resulte incómodo.

Eché una mirada al reloj de la repisa de la chimenea, que marcaba casi las nueve.

—¡Pero qué hora tan indecente! ¡Mira que si alguien me viese!

Markham se movió impaciente en su sillón.

—Si crees que satisfacer tu curiosidad puede compensar la deshonra de ser visto en público a las nueve de la mañana, tendrás que darte prisa. Y ten claro que no vas a venir conmigo en bata y zapatillas. Y no puedo esperar más de cinco minutos a que te vistas.

—¿A qué vienen esas prisas, viejo amigo? —dijo Vance bostezando—. Ese tipo está muerto y no creo que pueda escaparse.

—¡Vamos, muévete! —dijo azuzándole—. El asunto no es para tomárselo a broma, es muy serio. Y a juzgar por las apariencias, va a provocar un buen escándalo. ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? Seguir humildemente a quien encarna la justicia del pueblo —contestó Vance, levantándose y haciendo una servil reverencia.

Vance tocó el timbre para avisar a Currie, y le ordenó que le trajese su ropa.

—Quiero algo bastante elegante, porque voy a asistir a una reunión que celebra el señor Markham alrededor de un cadáver. ¿Está el tiempo como para llevar traje de seda...? Y por supuesto, una corbata color lavanda.

—Espero que no se te ocurra ponerte también un clavel, como acostumbras —refunfuñó Markham.

—¡Vaya, vaya! Así que has estado leyendo al señor Hitchens —le reprendió Vance—. ¡Qué herejía para un fiscal de distrito! En cualquier caso, ya sabes que jamás llevo adornos en la solapa, eso ya no se lleva. Los únicos que todavía se aferran a esa moda son los libertinos y los saxofonistas... Pero cuéntame algo acerca del difunto Benson.

Con la ayuda de Currie, Vance se vistió con una rapidez desconocida en él cuando se trataba de estos menesteres. Reconoció que detrás de su pose burlona se escondía el verdadero deseo de un hombre que quería experimentar cosas nuevas, y esta ocasión ofrecía posibilidades espléndidas para su mente despierta y observadora.

—Creo que conocías de manera informal a Alvin Benson —dijo el fiscal del distrito—. Esta mañana, muy temprano, su ama de llaves ha telefonado a la comisaría de Policía para comunicar que lo encontró con un balazo en la cabeza. Estaba en el salón sentado en su sillón favorito, y totalmente vestido. La noticia, por supuesto, se transmitió enseguida a la Central de la Policía, y mi ayudante me avisó de inmediato. Yo estaba dis-

puesto a dejar que el asunto siguiera su rutina policial habitual, cuando, media hora más tarde, el comandante Benson, hermano de Alvin, me telefoneó para pedirme como favor que me ocupara del caso. Conozco al comandante desde hace veinte años, y no podía negarme. Así que he desayunado rápidamente para dirigirme primero a la casa de Benson, que vive en la calle 48 Oeste. Al pasar por tu esquina, me he acordado de la promesa que te hice, y me he parado para ver si te interesaba el asunto.

—¡Qué considerado! —murmuró Vance, ajustándose la corbata ante un pequeño espejo policromado cercano a la puerta. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Vente, Van. Vamos todos a ver al difunto Benson. Estoy seguro de que alguno de los detectives de Markham descubrirá que yo detestaba a ese sinvergüenza y me acusará de haber cometido el crimen. Me sentiré más seguro si me acompaña mi experto en leyes... ¿no crees? ¿No tendrás inconveniente, verdad, Markham?

—No, claro que no —respondió de inmediato.

Aunque me di cuenta de que hubiera preferido no llevarme, yo estaba lo suficientemente interesado en el asunto como para no excusarme cortésmente; así que seguí a Vance y Markham escaleras abajo.

Mientras nos acomodábamos en los asientos y el taxi subía por Madison Avenue, me llamó la atención, como ya me había pasado antes, la extraña amistad que unía a aquellos dos hombres tan distintos entre sí: Markham, recto, tradicional, algo austero y excesivamente serio en todos los actos de la vida; y Vance, despreocupado, voluble, elegante y desenvuelto, y caprichosamente cínico cuando la realidad se vuelve cruda. Sin embargo, estos temperamentos tan diferentes constituían, en cierto sentido, la piedra angular de su amistad; era como si

cada uno viese en el otro un inalcanzable campo de experiencias y de sensaciones que le había negado a él. Para Vance, Markham representaba el realismo sólido e inmutable de la vida, mientras que para Markham, Vance significaba la despreocupación, lo exótico, el espíritu itinerante de la aventura intelectual. Lo cierto es que su intimidad era aún mayor de lo que se mostraba en la superficie. A pesar de las exageradas desaprobaciones de las actitudes y opiniones de Vance, creo que Markham respetaba su inteligencia de un modo más profundo que la de cualquier otro hombre que conociera.

Durante el camino, Markham parecía preocupado y sombrío. No habíamos intercambiado palabra alguna desde que salimos de casa, cuando al torcer a la calle 48 Oeste, Vance preguntó:

—¿Se puede saber qué etiqueta hay que guardar en esta reunión mañanera a propósito del muerto, aparte de la de descubrirse en presencia del cadáver?

—No tienes que quitarte el sombrero —gruñó Markham.

—¿De verdad? ¿Igual que en la sinagoga? Muy interesante. Igual hay que quitarse los zapatos para que no se confundan las huellas.

—No —dijo Markham—. Los invitados no tienen que quitarse ninguna prenda. En eso se diferencia de las elegantes reuniones sociales a las que estás acostumbrado.

—¡Mi querido Markham! —dijo Vance en un tono reprobador y triste—. ¡Ya ha salido de nuevo el horrible moralista que llevas dentro! ¡Esa observación parece de los metodistas de Epworth!

Markham se hallaba demasiado abstraído como para contestar las bromas de Vance.

—Quiero advertiros dos cosas —dijo muy serio—. Este caso va a traer mucho ruido y va a provocar muchos celos y

rivalidades. A la Policía no le hará ninguna gracia que yo esté allí, así que cuidado con lo que hacéis. Mi ayudante, que ya está en la casa, cree que el agente que se va a hacer cargo del caso es Heath, y este sargento de la Oficina de Homicidios está convencido de que si me ocupo de este asunto en estos momentos es para ganar presencia pública.

—¿Pero no eres su jefe superior? —preguntó Vance.

—Sí, y por eso la situación es mucho más delicada... ¡Ojalá el comandante no me hubiera telefoneado!

—¡Uf! —exclamó Vance—. El mundo está lleno de gentes como Heath. ¡Qué pesadilla!

—No me malinterpretes —se apresuró a decir Markham—. Heath es bueno, de hecho es el mejor hombre que tenemos. Y precisamente el hecho de que se lo hayan confiado a él demuestra la importancia que la jefatura de Policía le da al caso. No me causará molestias por tomar parte en él, pero deseo que el ambiente sea lo más tranquilo posible. De cualquier forma, a Heath no le va a gustar que lleve a dos tipos como espectadores, y por eso te ruego, Vance, que seas tan discreto como una simple violeta.

—Yo prefiero una rosa encendida, si no te importa. De momento voy a ofrecerle al susceptible Heath uno de mis cigarrillos Régie, de boquilla color pétalo de rosa.

—Si haces eso —sonrió Markham—, te detendrá como sospechoso.

Sin darnos cuenta nos encontramos frente a un edificio antiguo, de piedra rojiza, de la parte alta de la calle 48, cerca de la Sexta Avenida. La casa tenía categoría, se alzaba en un terreno amplio y había sido construida en los tiempos en que los arquitectos se preocupaban todavía de la solidez y de la belle-

za. El diseño era clásico y uniforme con el resto de casas de la manzana, pero se observaba una nota de lujo y de distinción en los remates decorativos y en los tallados en la piedra de la entrada y de encima de las ventanas.

Entre la calle y la fachada, había un pequeño patio pavimentado, cerrado por una verja alta. La única entrada de la casa era la puerta principal, a la que se accedía a través de una escalera de diez anchos peldaños de piedra. Entre la entrada y el muro de la derecha había dos ventanas espaciosas, protegidas por pesados barrotes de hierro.

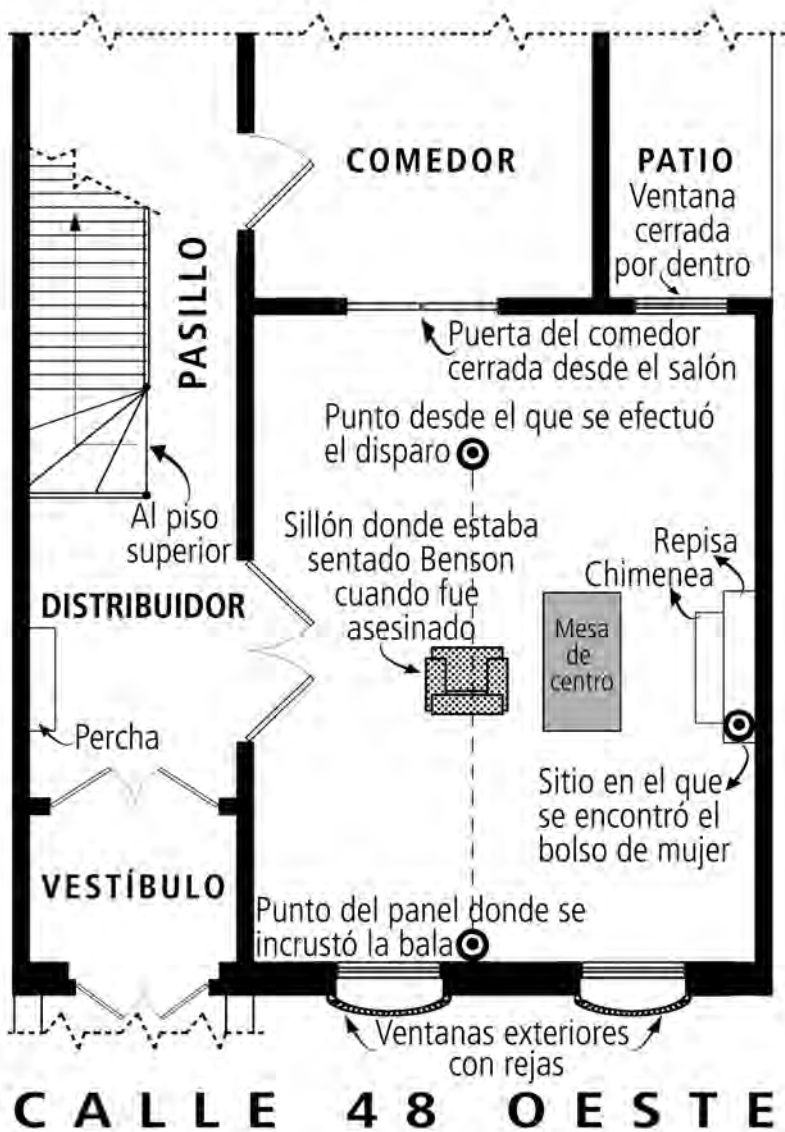
Un considerable grupo de curiosos se arremolinaba delante de la casa, y en las escaleras esperaban unos jóvenes que parecían estar alerta y que supuse eran periodistas. Un agente uniformado abrió la portezuela de nuestro taxi y saludó con un respeto exagerado a Markham antes de abrirnos paso de modo ostentoso entre la muchedumbre de mirones. En el pequeño vestíbulo otro agente, al reconocer a Markham, nos abrió la puerta, saludando muy dignamente.

—*Ave, Caesar, te salutamus* —murmuró Vance sonriendo.

—¡Calla! —refunfuñó Markham—. Ya tengo bastantes problemas sin tus desafortunadas citas.

Nada más pasar por la puerta principal de roble tallado que llevaba al vestíbulo, nos encontramos con Dinwiddie, el ayudante del fiscal del distrito. Dinwiddie era un hombre joven, serio, moreno, con arrugas prematuras en la cara, y por su apariencia daba la impresión de que soportaba sobre sus hombros todos los males del mundo.

—Buenos días, jefe —recibió a Markham con gran alivio—. Ya tenía ganas de verle. Este caso va a dar problemas. Un asesinato premeditado, y sin ninguna pista.





Markham asintió con la cabeza con pesimismo mientras miraba al salón.

—¿Quién está dentro?

—Todo el mundo, empezando por el inspector jefe —dijo Dinwiddie, encogiéndose de hombros como si presagiara que nada bueno iba a pasar.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta un hombre alto, fornido, de mediana edad, de tez rosada y con un bigote blanco muy recortado. Al ver a Markham, se acercó de forma envarada tendiéndole la mano. Inmediatamente reconoció al inspector jefe O'Brien, a cuyas órdenes estaba todo el departamento de Policía. Markham y él cruzaron saludos ceremoniosos, y después Vance y yo fuimos presentados. Nos saludó de manera seca y silenciosa y volvió al salón, adonde le seguimos Markham, Dinwiddie, Vance y yo.

La puerta se abría en dos grandes hojas a un salón amplio, casi cuadrado y de techos altos. Dos ventanas daban a la calle y una tercera, enfrente de la parte delantera de la casa, se abría a un patio pavimentado. A la izquierda de esta ventana, unas puertas correderas comunicaban con el comedor del fondo.

La habitación respiraba una excesiva opulencia. De las paredes colgaban cuadros, con marcos muy trabajados, de escenas de carreras de caballos, y numerosos trofeos de caza. Una alfombra oriental de tonos vivos cubría casi por completo el suelo. Frente a la puerta, en mitad de la pared situada al este, se hallaba una recargada chimenea, con repisa de mármol labrado. Situado en diagonal, en el rincón de la derecha había un piano vertical de nogal con adornos de cobre. También había una librería de caoba con puertas de cristal y cortinas estampadas, un sofá tapizado, un escabel veneciano con

incrustaciones de madreperla, un gran samovar de latón sobre un pie de madera de teca y una mesa de centro de casi dos metros con marquetería Boulle. En el lado de la mesa más cercano al vestíbulo, de espaldas a las ventanas, había un sillón de mimbre con un respaldo grande en forma de abanico. En aquel asiento reposaba el cadáver de Alvin Benson.

Aunque he pasado dos años en el frente en la Primera Guerra Mundial y he visto la muerte de muchas formas terribles, al ver a aquel hombre muerto no pude reprimir un fuerte sentimiento de repulsión. En Francia, la muerte formaba parte de la rutina cotidiana, pero aquí todo se oponía a la idea de violencia mortal. Un radiante sol de junio inundaba el salón y por las ventanas abiertas se colaba el incesante rumor de los ruidos de la ciudad, una algarabía que, curiosamente, se asocia a la idea de paz y seguridad y al desarrollo ordenado de la vida en sociedad.

El cuerpo de Benson reposaba en el sillón en una postura tan natural que uno podía esperar que se volviera hacia nosotros para preguntarnos por qué nos inmiscuíamos en su intimidad. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón; la pierna derecha, cruzada sobre la otra en una postura relajada; el brazo derecho, sobre la mesa, y el izquierdo, sobre el brazo del sillón. Sin embargo, lo que sorprendentemente le daba la apariencia de naturalidad era que sujetaba un librito con la mano derecha y con el pulgar señalaba por dónde estaba leyendo<sup>7</sup>.

Le habían disparado por delante, alcanzándole en la frente. La marca de la bala, pequeña y redonda, era negra, porque la sangre se había coagulado. Detrás del sillón, en la alfombra,

---

<sup>7</sup> El libro era *Estrictamente negocios*, de O. Henry, y la página por la que estaba abierta, cosa curiosa, pertenecía al relato titulado: «Un informe municipal». (Nota de S.S.V.D.).

una mancha grande indicaba que el balazo había atravesado su cerebro. De no ser por estos espeluznantes indicios, podía pensarse que acababa de interrumpir momentáneamente la lectura para echarse hacia atrás y descansar.

Llevaba un batín viejo y unas zapatillas de fieltro rojo, pero todavía tenía puestos los pantalones y una camisa de etiqueta, con el cuello abierto y desabotonado, como para estar más cómodo. Físicamente no era un hombre atractivo y, además, estaba totalmente calvo y gordo. Al no tener cerrado el cuello de la camisa, su cara mofletuda y su cuello hinchado eran doblemente llamativos. Con un ligero estremecimiento de desagrado dejé de contemplarlo y me di la vuelta hacia los demás.

Dos sujetos corpulentos, de manos y pies grandes, con sombrero negro muy echado hacia atrás, inspeccionaban minuciosamente las rejas de las ventanas. Parecían prestar especial atención a la base de los barrotes. Uno de ellos empuñó con las dos manos la reja para sacudirla, como hubiera hecho un simio para probar su resistencia. Otro individuo de talla mediana y de aspecto más ágil, que tenía un bigotito rubio, se inclinaba sobre la chimenea de gas mirando atentamente hacia los polvorientos leños. Al otro lado de la mesa, otro hombre fornido, vestido de sarga azul y con sombrero hongo, examinaba, con los brazos en jarras, la silenciosa figura del sillón. Guiñando sus ojos serios azul pálido y apretando su mandíbula cuadrada y prominente, miraba absorto el cadáver, como si por el puro poder de la concentración le arrancara el secreto de la muerte.

Otro hombre, de aspecto extraño, permanecía de pie delante de la ventana con una lente de relojero en su ojo, escrutando un objeto pequeño que tenía en la palma de la mano. Gracias a

unas fotografías que anteriormente había visto, supe que era el capitán Carl Hagedorn, el experto en armas más famoso de Estados Unidos. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, grande y pesado, de anchas espaldas. Llevaba un atuendo negro y reluciente, dos tallas más grande. El chaquetón se le subía por la parte de atrás mientras que por delante le llegaba por encima de las rodillas. Los pantalones eran anchos y le caían haciendo extraños y cómicos pliegues sobre los tobillos. Su cabeza redonda resultaba anormalmente grande, y las orejas parecían como si se le hundieran en el cráneo. Su boca se ocultaba bajo un bigote descuidado y canoso, cuyos pelos crecían hacia abajo formando una especie de lambrequín sobre sus labios. El capitán Hagedorn trabajaba con la Policía desde hacía treinta años y, aunque su aspecto y sus maneras resultaban ridículas, le respetaban profundamente. Sus dictámenes sobre cualquier aspecto relacionado con las armas eran determinantes para la jefatura de Policía.

En el fondo de la estancia, cerca de la puerta del comedor, hablaban muy serios otros dos hombres: el inspector William M. Moran, jefe de la Oficina de Detectives, y el sargento Ernest Heath, de la Oficina de Homicidios, de quien Markham ya nos había hablado.

Cuando entramos en la habitación, precedidos por el inspector jefe O'Brien, todos dejaron lo que estaban haciendo y miraron al fiscal del distrito con cierta inquietud, pero también con respeto. Solo el capitán Hagedorn, tras una rápida mirada de soslayo a Markham, siguió examinando el objeto minúsculo que tenía en la mano con una abstraída despreocupación que hizo sonreír a Vance.

El inspector Moran y el sargento Heath se adelantaron dignos e imasibles y después de la ceremonia del apretón de manos

(que, según pude comprobar más tarde, se trataba de una especie de rito entre la Policía y los miembros del personal de la Oficina del Fiscal), Markham nos presentó a Vance y a mí, explicando en pocas palabras nuestra presencia. El inspector se inclinó amablemente para dar a entender que aceptaba que estuviéramos allí, pero observé que Heath ignoró las aclaraciones de Markham y actuó como si nosotros no existiéramos.

El inspector Moran era distinto a los demás hombres presentes en la sala. Tendría unos sesenta años, de pelo blanco y bigote oscuro, impecablemente vestido. Parecía más un próspero agente de Bolsa que un oficial de Policía<sup>8</sup>.

—He asignado el caso al sargento Heath, señor Markham—dijo con voz armoniosa y grave—. Parece que tendremos más de un problema para resolverlo. El inspector jefe ha creído oportuno darnos apoyo moral con su presencia en las indagaciones preliminares. Lleva aquí desde las ocho.

El inspector O'Brien, que se apartó de nosotros cuando entramos en la sala, permanecía entre las dos ventanas de la fachada contemplando con rostro grave e indescifrable el desarrollo del registro.

—Bien, creo que me voy a marchar—añadió Moran—. Me han sacado de la cama a las siete y media y aún no he desayunado. Ahora que está usted aquí, ya no me necesitan... ¡Adiós!—dijo estrechándole la mano.

Cuando se marchó, Markham se dirigió a su ayudante:

—Dinwiddie, le ruego que se encargue de estos señores. Están totalmente perdidos y quieren enterarse de lo que pasa.

---

<sup>8</sup> El inspector Moran (como luego supe) había sido presidente de un gran banco que desapareció en la crisis financiera de 1907, y durante la alcaldía de Gaynor se le consideró seriamente para ocupar el cargo de inspector jefe de la Policía. (Nota de S.S.V.D.).

Explíqueles las cosas mientras yo voy a hablar con el sargento Heath.

Dinwiddie aceptó de buen grado la tarea que se le confiaba. Creo que estaba contento por tener la oportunidad de mostrar a alguien su entusiasmo.

Cuando los tres nos volvimos instintivamente hacia el cadáver, que, al fin y al cabo, era el centro del trágico suceso, oí que Heath dijo con voz áspera:

—Supongo, señor Markham, que será usted quien se encargue ahora del asunto.

Dinwiddie y Vance estaban hablando, y yo observaba con interés a Markham después de que nos contara la rivalidad existente entre el Departamento de Policía y la Oficina del Fiscal del Distrito.

Markham miró a Heath con una sonrisa condescendiente y negó con la cabeza.

—No, sargento —replicó—. Estoy aquí para trabajar en colaboración con usted, y quiero que sea entendido así desde el principio. De hecho, yo no estaría aquí si el comandante Benson no me hubiera llamado por teléfono para que le echara una mano. Y quiero especialmente que mi nombre se mantenga al margen. Ya es bastante conocido, y si no se sabrá pronto, que el comandante es un viejo amigo mío; así que es preferible mantener en silencio mi relación con el caso.

Heath murmuró algo que yo no llegué a captar, pero pude ver que, en gran medida, se calmaba. Él, como todos los que conocían a Markham, sabía del valor de su palabra; y él personalmente estimaba al fiscal del distrito.

—Si con este caso se consigue algún mérito —continuó Markham—, que sea para la Policía. Prefiero que salga usted en

los periódicos... Y por cierto —añadió con humor—, si hay alguna queja, querido amigo, también tendrá usted que aguantarla.

—Está bien —asintió Heath.

—Pues entonces, sargento, manos a la obra —dijo Markham.

### 3

## Un bolso de mujer

(Viernes, 14 de junio, 9:30 de la mañana)

EL FISCAL DEL DISTRITO y Heath se acercaron al cadáver y se pararon a observarlo.

—Le dispararon de frente —explicó Heath—. Un tiro certero. Después de atravesarle la cabeza, la bala dio cerca de la ventana —dijo señalando la marca en el panel de madera que cubría la pared, a poca distancia del suelo y junto a las cortinas de la ventana más próxima al recibidor—. Hemos encontrado la bala. La tiene el capitán Hagedorn.

Volviéndose hacia el experto en armas le preguntó:

—¿Qué, capitán, algo en particular?

Hagedorn levantó lentamente la cabeza y dirigió a Heath una mirada miope. Tras unos torpes movimientos, respondió con escueta precisión:

—Bala militar de cuarenta y cinco milímetros. Pistola automática Colt.

—¿Alguna idea de a qué distancia estaba de Benson el arma cuando se disparó? —preguntó Markham.



—Sí, señor —contestó Hagedorn con su tono monocorde lento y pausado—. De metro y medio a dos metros, probablemente.

Heath resopló.

—Probablemente —repitió a Markham con cierta sorna—. Puede contar con eso si el capitán lo dice... Ve, señor, nada tan pequeño como una 44 o 45 para matar a un hombre. Estas balas militares de acero atraviesan un cráneo humano como si fuera un queso, pero para que se incruste después en la pared se ha tenido que disparar desde muy cerca. Y como no hay rastro de pólvora en la cara, la distancia que nos da el capitán es buena.

En aquel momento se oyó abrir y cerrar la puerta de entrada. El doctor Doremus, médico forense, entró ruidosamente acompañado de su ayudante. Estrechó la mano de Markham y del inspector O'Brien, y saludó amistosamente a Heath.

—Lo siento, no he podido llegar antes —se disculpó.

Aquel hombre nervioso y de facciones duras tenía todas las trazas de un vendedor de fincas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, haciendo una mueca al ver el cadáver.

—¡Usted nos dirá, doctor! —replicó Heath.

El médico forense Doremus se acercó al muerto con la indiferencia del que está acostumbrado a ver la muerte de cerca. Primero examinó la cara detenidamente, buscando, me imagino, restos de pólvora. Después miró el agujero de la bala en la frente y la herida de detrás de la cabeza. Luego movió uno de los brazos, le dobló los dedos y echó ligeramente a un lado la cabeza de la víctima. Una vez comprobado el *rigor mortis*, se dirigió a Heath:

—¿Lo podemos tender en este sofá?

Con la mirada, Heath preguntó a su vez a Markham.

Cuando este asintió, Heath hizo una seña a los dos hombres que estaban junto a las ventanas y les ordenó que colocaran el cuerpo sobre el diván. Debido a la rigidez muscular, el cadáver conservaba la postura de sentado. El médico forense y su ayudante le estiraron las extremidades y le desvistieron. El doctor Doremus le examinaba con cuidado por si tuviera otras heridas. Prestó especial atención a los brazos, le abrió ambas manos y observó las palmas. Finalmente se incorporó y se limpió sus manos con un pañuelo grande de seda de colores.

—La bala entró por la parte izquierda de la frente —dijo—. En ángulo llano, la bala atravesó el cráneo de parte a parte y salió por el occipital izquierdo, por la base del cráneo. Han encontrado la bala, ¿verdad? Estaba despierto cuando le dispararon y la muerte fue instantánea. Probablemente no se dio cuenta... Lleva muerto sobre..., calculo que ocho horas, quizás un poco más.

—¿Alrededor de las doce y media? —preguntó Heath.

El médico forense miró su reloj.

—Eso es... ¿Alguna cosa más?

Nadie contestó y tras una leve pausa, el inspector jefe dijo:

—Nos gustaría tener su informe hoy mismo.

—De acuerdo —respondió el forense Doremus, cerrando de golpe su maletín médico y entregándoselo a su ayudante—. Pero que lleven cuanto antes el cadáver al depósito.

Tras un intercambio de apretones de manos, salió rápido.

Heath se dirigió al agente que estaba junto a la mesa cuando nosotros llegamos y le dijo:

—Burke, llame a la Jefatura de Policía para que se lleven el cadáver y dígales que lo hagan rápido. Después vuelva a la oficina y espéreme allí.

Burke se despidió y desapareció.

Heath se dirigió entonces a uno de los hombres que inspeccionaban las rejas de las ventanas que daban a la fachada principal.

—¿Algo que reseñar de las rejas, Snitkin?

—Nada, sargento. Son tan fuertes como las de un calabozo. Por aquí no ha podido entrar nadie.

—Está bien —dijo Heath—. Ahora, váyanse los dos con Burke.

Cuando se marcharon, el hombre de traje de sarga azul y sombrero hongo, cuya zona de trabajo parecía ser la chimenea, dejó dos colillas de cigarrillo sobre la mesa.

—He encontrado esto debajo de los troncos, sargento —explicó con poco entusiasmo—. No es gran cosa, pero no hay nada más.

—Está bien, Emery —dijo Heath, mirando decepcionado las colillas—. No hace falta que me espere, le veré en la oficina más tarde.

Hagedorn se acercó lenta y pesadamente.

—Creo que yo también me iré —masculló—, pero me llevo la bala. Tiene unas estrías interesantes. ¿No la necesita, verdad, sargento?

Heath sonrió amablemente.

—¿Qué voy a hacer con ella, capitán? Ande, guárdela, pero no se le ocurra perderla.

—No se preocupe —le aseguró Hagedorn muy serio; y, sin mirar al fiscal del distrito ni al inspector jefe, se encaminó hacia la puerta con un ligero bamboleo que recordaba al movimiento de un enorme anfibio.

Vance, que estaba a mi lado, junto a la puerta, le siguió al vestíbulo, y durante unos minutos hablaron en voz baja. Parecía que Vance le hacía preguntas, pero como yo no estaba tan cerca como para oír lo que decían, solo logré captar las palabras

«trayectoria», «velocidad de la bala», «ángulo de tiro», «impulso», «impacto», «desviación» y otras parecidas; y me preguntaba qué le habría llevado a hacerle semejante interrogatorio.

Mientras Vance le daba las gracias a Hagedorn, el inspector O'Brien entró al vestíbulo.

—¿Qué, un aprendizaje rápido? —preguntó, sonriendo a Vance con condescendencia. Y sin esperar respuesta, añadió—: Venga, capitán, le dejaré en la ciudad.

Markham al oírlo le preguntó:

—¿Tiene sitio para Dinwiddie, inspector?

—Sí, claro, señor Markham.

Al salir los tres hombres, Vance y yo nos quedamos en el salón con Heath y el fiscal del distrito, y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos sentamos. Vance se sentó en el sillón que estaba cerca de la puerta del comedor, justo enfrente de la butaca donde había sido asesinado Benson.

DESDE EL MOMENTO en que llegamos a la casa yo estaba muy atento al comportamiento de Vance. Al entrar en la sala se ajustó el monóculo cuidadosamente, gesto que, a pesar de su aparente indiferencia, reconocí como una prueba de su interés. Cuando su mente se pone alerta y rápidamente quiere hacerse una idea de algo, siempre saca su monóculo. No es que no viera sin él perfectamente, pero, como ya he observado en otras ocasiones, fundamentalmente se lo ponía como resultado de un precepto intelectual, como si el hecho ver con más nitidez le proporcionase una mayor claridad de ideas<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> El ojo derecho de Vance tenía 1.2 dioptrías de astigmatismo, mientras que el izquierdo era prácticamente normal. (Nota de S.S.V.D.).

Al principio echó un vistazo sin mucho interés y observó con cierta apatía el registro del salón, sin embargo, durante el breve interrogatorio de Heath a sus subordinados, apareció en su rostro una expresión cínica de diversión. Después de las preguntas generales al ayudante del fiscal del distrito, Dinwiddie, Vance se paseó por la habitación, mirando varios objetos y distrayéndose de vez en cuando con algunos muebles. Finalmente se paró e inspeccionó la marca de la bala en la madera de la pared y se dirigió hacia la puerta para mirar de arriba abajo el vestíbulo.

Lo único que parecía retener en cierta medida su atención era el cadáver. Se quedó de pie observándolo durante varios minutos, estudiando su posición, e incluso se inclinó sobre el brazo extendido en la mesa como si quisiera ver cómo sujetaba el libro la mano del muerto. Las piernas cruzadas le llamaron la atención y estuvo contemplándolas un buen rato. Por último, guardó el monóculo en el bolsillo del chaleco y se reunió con Dinwiddie y conmigo cerca de la puerta, desde donde miró con vaga indiferencia a Heath y a los demás detectives hasta que el capitán Hagedorn se despidió.

Apenas acabábamos de sentarnos los cuatro, cuando entró el policía del vestíbulo.

—Un agente de la comisaría de este distrito quiere verle —anunció—. ¿Le hago pasar?

Heath asintió de manera brusca con la cabeza. Instantes después teníamos delante a un irlandés de cara grande y colorada, vestido de paisano. Saludó a Heath, pero al reconocer a Markham se dirigió a él:

—Señor, soy el policía McLaughlin, de la comisaría de la calle 48 Oeste. Anoche estaba de guardia por la zona y, alrededor de la medianoche, vi parado un Cadillac gris ante esta puer-

ta. Me llamó la atención porque asomaba por atrás un montón de aparejos de pesca, y tenía encendidos los faros. Cuando esta mañana me enteré del crimen, informé del coche al sargento de la comisaría y él me ha enviado aquí para comunicarlo.

—Muy bien —repuso Markham, que con una seña le pasó el asunto a Heath.

—Quizá signifique algo —dijo este no sin cierta desconfianza—. ¿Cuánto tiempo dice que el coche estuvo parado, agente?

—Media hora, por lo menos. Estaba antes de la medianoche y ahí seguía cuando volví a pasar a las doce y media, poco más o menos. Pero al volver a pasar otra vez, ya se había ido.

—¿No vio nada más? ¿No vio a nadie en el coche o cerca que pudiera ser el dueño?

—No, señor, nada.

Le hizo unas cuantas preguntas más, pero como no aportó más información dejó que se marchara.

—Bueno —exclamó Heath—, este asunto del coche estará bien para pasárselo a los periodistas.

Vance aguantó soñoliento las preguntas a McLaughlin (dudo de que escuchara más que las primeras palabras); después, conteniendo un bostezo, se levantó, se acercó distraídamente a la mesa de centro y cogió una de las colillas encontradas en la chimenea. Tras hacerla rodar entre el dedo pulgar y el índice y de examinar el filtro, rasgó el papel con la uña del pulgar y acercó el tabaco de su interior a la nariz.

Heath, que le observaba molesto, se echó de pronto hacia adelante en su silla.

—¿Qué está usted haciendo? —le preguntó de mal humor.

Vance levantó la vista, mostrando un asombro circunspecto.

—Simplemente huelo el tabaco —respondió con una indiferencia condescendiente—. Es bastante suave, pero una mezcla exquisita.

La cara de Heath se contrajo llena de furia.

—Más vale que lo deje sobre la mesa, señor —le advirtió. Luego le miró de arriba a abajo y con un tono de sarcasmo mal disimulado le preguntó—: ¿Acaso es experto en tabaco?

—¡No, por favor! —dijo Vance con voz melodiosa—. Mi especialidad son los cartuchos de escarabajo de la dinastía ptolemaica de Egipto.

—Vance, no deberías haber tocado nada —interrumpió Markham con diplomacia—. En este punto de la investigación no se sabe lo que puede ser importante, y esas colillas es posible que sean una prueba relevante.

—¿Una prueba? —repitió Vance, con voz dulce—. ¡Caramba! ¿No lo dirás en serio? Muy interesante.

Markham estaba claramente molesto y Heath, a quien le hervía la sangre por dentro, no hizo ningún comentario; es más, al darse cuenta de que había sido muy cortante con el amigo del fiscal del distrito, llegó a esbozar una media sonrisa, a pesar de que se mereciera un reproche. Sin embargo, Heath no era un adulator en presencia de sus superiores. Él era consciente de su valía y hacía honor a ello con toda su energía, cumpliendo las tareas que le asignaban sin tener en cuenta su propio interés. Sus jefes le respetaban y le valoraban por su temperamento obstinado y por la solidez de su carácter. Físicamente, era alto y fuerte, y, como un boxeador bien entrenado, grácil y ágil de movimientos. Tenía unos ojos azules, sorprendentemente brillantes y penetrantes, la nariz pequeña, la barbilla ancha y ovalada, y la boca severa y recta, con unos labios que parecían

siempre apretados. A pesar de sus más de cuarenta años largos, su pelo carecía de canas y lo llevaba muy recortado, con forma de tupé elevado. Su voz sonaba un tanto agresiva, aunque raramente la elevaba. En muchos aspectos representaba la imagen de lo que se entiende por un detective, pero había algo más en la personalidad de aquel hombre, una aptitud y fortaleza añadidas que, al observarlo esa mañana, inconscientemente provocaban admiración por él, a pesar de sus defectos obvios.

—¿Cuál es la situación exactamente, sargento? —preguntó Markham—. Dinwiddie solo se ha ceñido a los hechos.

Heath aclaró la voz.

—Nos han avisado poco antes de las siete. El ama de llaves de Benson, una tal señora Platz, telefoneó a la comisaría diciendo que acababa de encontrarlo muerto y pidiendo que enviaran enseguida a alguien. La noticia, naturalmente, se ha comunicado a la Comisaría Central. Yo no estaba entonces, pero Burke y Emery, que se hallaban de servicio, después de avisar al inspector Moran, han venido aquí. Varios agentes de la comisaría de la zona ya estaban realizando las diligencias rutinarias. Cuando el inspector llegó y echó un vistazo, me telefoneó para que viniera cuanto antes. Cuando llegué ya se habían ido los agentes, y tres hombres de la Oficina de Homicidios se habían unido a Burke y Emery. El inspector, al ver que el asunto era importante, también telefoneó al capitán Hagedorn, que acababa de llegar cuando usted entró. El señor Dinwiddie ha venido inmediatamente después del inspector y le ha telefoneado enseguida. El inspector jefe O'Brien apareció un poco antes que yo. De inmediato he interrogado a la señora Platz, y cuando usted ha aparecido mis hombres estaban inspeccionando el lugar.



—¿Dónde está la señora Platz ahora? —preguntó Markham.

—Arriba, la está vigilando un policía. Ella vive aquí.

—¿Por qué ha sugerido la hora concreta de las doce y media al forense?

—La señora Platz me ha dicho que había oído una detonación a esa hora, y he pensado que podía ser el disparo. Ahora lo creo firmemente. Concuerta con varios hechos.

—Creo que será mejor volver a hablar con la señora Platz —sugirió Markham—. Pero primero, ¿se ha encontrado algo interesante en la habitación, algo por donde tirar?

Tras una imperceptible vacilación, Heath sacó del bolsillo de su abrigo un bolso de mujer y un par de guantes largos de piel blanca de cabritilla y los arrojó sobre la mesa delante del fiscal del distrito.

—Solo esto —dijo—. Uno de los agentes lo ha encontrado en una esquina de la chimenea.

Tras examinar superficialmente los guantes, Markham abrió el bolso y vació el contenido en la mesa. Yo me acerqué a mirarlo, pero Vance permaneció en su asiento, fumando tranquilamente un cigarro.

El bolso era de malla de oro fino, con un broche de zafiros pequeños. Por su pequeño tamaño, estaba diseñado para ser llevado de noche. Los objetos que contenía, y que Markham inspeccionaba, consistían en una pitillera plana de muaré, un frasquito dorado de *Fleurs d'Amour* de Roger y Gallet, una cajita de polvos esmaltada, una delicada boquilla corta de ámbar, una barra de labios con estuche de oro, un pañuelo bordado de lino francés con las letras M. St. C. en una esquina y un llavero de Yale.

—Esto nos proporcionará una buena pista —dijo Markham, señalando el pañuelo—. Supongo que habrá examinado con sumo cuidado estos objetos, ¿verdad, sargento?

Heath asintió con la cabeza.

—Sí, y creo que el bolso pertenece a la mujer que anoche salió con Benson. El ama de llaves me ha dicho que tenía una cita y que se arregló para ir a cenar; pero ella no lo oyó entrar cuando regresó. Supongo que no será difícil dar con la señorita M. St. C.

Markham volvió a coger la pitillera, y, al darla la vuelta, una pequeña lluvia de tabaco seco se posó sobre la mesa. Inmediatamente, el sargento Heath se levantó.

—Quizá esos cigarrillos procedan de ese estuche —exclamó, cogiendo la colilla que estaba intacta y mirándola—. Es un cigarrillo de los que fuman las mujeres, y parece que se ha fumado en boquilla.

—Perdone si no soy de su opinión, sargento —dijo Vance, arrastrando las palabras—. Y estoy seguro de que me perdonará, pero es que en ese cigarrillo hay un poco de carmín. Se ve mal por el filtro dorado.

Heath miró severamente a Vance; estaba más sorprendido que ofendido. Tras examinar más de cerca el cigarrillo, se dirigió hacia este.

—Quizás también pueda usted decirnos, viendo esas briznas de tabaco, si los cigarrillos proceden de este estuche —dijo con áspera ironía.

—Uno nunca sabe, ¿no cree? —respondió Vance, levantándose con indolencia.

Cogió el estuche, presionó para abrirlo del todo, le dio un golpe contra la mesa, miró de cerca el interior, y una sonrisa capri-

chosa se dibujó en su boca. Con el dedo índice sacó un pequeño cigarrillo que se había encajado en el fondo de la pitillera.

—Mis dones olfativos ya no son necesarios. A simple vista se ve que los cigarrillos son idénticos, ¿verdad, sargento?

Heath sonrió amable.

—Es uno de los nuestros, señor Markham.

Y con cuidado colocó el cigarrillo y la colilla en un sobre, que marcó antes de guardarlo en el bolsillo.

—Ya ves la importancia de esas colillas, Vance —observó Markham.

—Yo no la veo —respondió—. ¿Qué valor puede tener esa colilla? No puede fumarse.

—Es una prueba, mi querido amigo —explicó con paciencia Markham—. Gracias a esa prueba se sabe que la dueña del bolso volvió con Benson la pasada noche y que estuvo el suficiente tiempo como para fumarse dos cigarrillos.

Vance arqueó las cejas, simulando asombro.

—¿Así de fácil? ¡Mira tú!

—Ahora solo queda encontrarla —añadió Heath.

—Por si puede facilitar su búsqueda, ella es morena —dijo Vance despacio—, aunque no entiendo por qué quieren molestarla. La verdad, no puedo imaginármelo, de verdad que no.

—¿Por qué dices que es morena? —preguntó Markham.

—Si no es morena —dijo Vance, hundiéndose con desgana en su sillón—, conviene que le aconseje un especialista en cosméticos para que se maquille de manera apropiada. Por lo que veo, usa colorete Rachel y pintalabios oscuro de Guerlain, y sencillamente, querido, eso no es para las rubias.

—Tu opinión experta me ha convencido —sonrió Markham. Y dirigiéndose a Heath, añadió—: Me parece que hay que buscar a una mujer morena, sargento.

—Yo también estoy de acuerdo —repuso Heath de buen humor.

Para entonces, creo que ya había perdonado del todo a Vance por destrozar la colilla.